

ERRORES DE JUVENTUD

UNA ACCIÓN IRREFLEXIVA PUEDE CAMBIARNOS LA VIDA PARA SIEMPRE. Y ESTAS TRES MUJERES APRENDIERON DE SUS EQUIVOCACIONES. POR BEATRIZ GONZÁLEZ

Afirmaba el escritor francés Pierre Benoît que, de sus disparates de juventud, lo que más pena le daba no era el haberlos cometido, sino el no poder volver a caer en ellos. Y es que si algo se echa en falta cuando la alopecia, la barriguita o las arrugas presentan batalla es que ya jamás se volverán a tener 20 años. Y eso significa que jamás podremos volver a hacer lo que nos plazca sin preocuparnos en absoluto de las consecuencias. Estadísticamente, de hecho, es en el paso de la infancia a la edad adulta cuando más locuras se cometen. Aquello de liarse la manta a la cabeza y abandonar un país por amor o fugarse de casa para iniciar una aventura son cosas propias, aunque no exclusivas,

de la edad del divino tesoro. Y, en realidad, esto no es nada preocupante, teniendo en cuenta que la mayoría de esos arranques juveniles no tienen consecuencias graves para el resto de nuestra vida. Sin embargo, la revolución hormonal que se sufre desde los 15 hasta los 25 años también puede ser en parte la culpable de otra serie de "locuras" más trascendentales, como tener un hijo siendo casi una adolescente, colgar los estudios definitivamente o introducirse en el peligroso universo de las drogas.

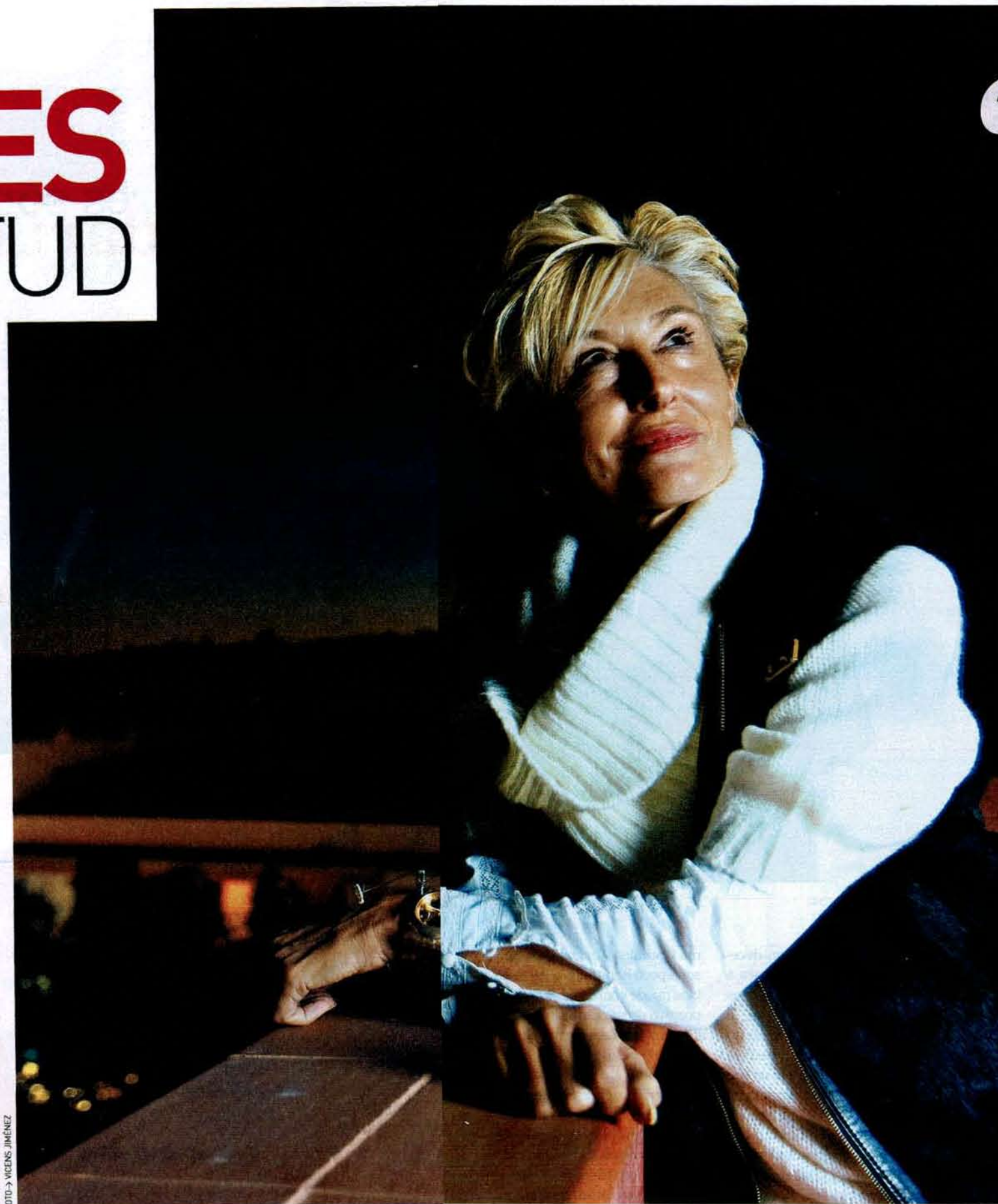
VOLVER A EMPEZAR

¿Se trata, pues, de equivocaciones insubsanables? Son muchos los que no las ven como tales porque se puede aprender algo hasta de las situaciones más adversas, aunque ésta sea una enseñanza un tanto obli- ▶▶

Estadísticamente, es en el paso de la infancia a la edad adulta cuando más **locuras** se cometen.

Se puede **aprender** algo hasta de las situaciones más **adversas**, aunque sea de forma obligada.

FOTO: VICENS JIMÉNEZ



Tras desintoxicarme, abrí un centro de adictos"

Sol Bacharach

Fue adicta a los ansiolíticos y el alcohol durante 15 años. Dejó su carrera como abogada para ayudar a otras personas con el mismo problema.

"Quería ser la mujer 10. Me ocupaba de la casa, de mi hijo, de los de mi pareja, escribía mi tesis doctoral, era la perfecta anfitriona e intentaba solucionar, además, la vida de los demás. Me sentía estresada y fui al médico para que me recetara unos ansiolíticos. Me sentaron tan bien que empecé a tomar cada vez más, a probar fármacos más fuertes, a mezclarlos con alcohol... Mis neuronas se habían adaptado y necesitaba más cantidad para lograr el mismo efecto. Mientras tanto, seguía con mi vida normal. Nadie se daba cuenta. A mi marido lo asesinó ETA y me propuse no mostrar ningún signo de debilidad. Incrementé mi consumo y me empeñé en ayudar a mi hermana Marga, que era adicta al alcohol. Yo también, pero no me veía como ella, pensaba que Marga bebía porque quería. Pedí información del Centro Terapéutico del Vallés y se la di. No llegó a acudir y, poco después, murió. Entonces fue cuando acabó el silencio de mi enfermedad: empecé a no tener fuerzas para nada. Me levantaba muy tarde, casi no rendía y mi vida era una mezcla de angustias, miedo y ansiedad. Me caí redonda al suelo y, por fin, fui al médico convencida de que sufría una depresión tremenda. Él me abrió los ojos: tenía una adicción. Entre los papeles de mi hermana encontré el folleto del centro del Vallés. Ingresé sabiendo que ésa era la tesis doctoral más importante de mi vida y me liberé cuando me explicaron que la adicción es una enfermedad y me dieron las herramientas para acabar con ella. Tras desintoxicarme, con el apoyo de mi ex marido, convertí ese centro en lo que hoy es Mare Nostrum, donde todos los terapeutas son ex adictos. Gracias a eso y a los métodos que utilizamos, libres de tóxicos, tenemos un 82% de recuperación. Es el proyecto de mi vida. Y, a pesar de todo, me considero una privilegiada por haber dado con la ayuda que necesitaba. La satisfacción por el trabajo que hago no se paga con nada".